

**La presencia del arielismo de José Enrique Rodó  
en *El hombre de hierro* de Rufino Blanco Fombona  
Naida Saavedra**



Hogart, William. “Escena de La tempestad de Shakespeare” (1728).

Toda transición ocasiona efectos en el ser humano, quedando este sumergido en una situación de completa tensión, bien sea de índole positiva o negativa. En el caso de un país nuevo, o dicho en otras palabras, de una población que se encuentra por muchos años bajo el dominio de otra y que pasa a ser independiente, se genera un gran estrés que se manifiesta en las nacientes sociedades y finalmente en los nuevos ciudadanos. En Latinoamérica, la transición de finales del siglo XIX a principios del siglo XX es sin lugar a dudas trascendental para el pensamiento intelectual, crítico y de identidad puesto que una serie de naciones nuevas, productos del proceso independentista del siglo XIX, se encuentran en la búsqueda de una identidad nacional que las distinga de las ya conocidas sociedades extranjeras.

La tensión en la que se encuentran dichas naciones comienza a ser plasmada en textos desde la mitad del siglo XIX y prosigue hasta el siguiente siglo destacándose

primeramente José Enrique Rodó con su ensayo “Ariel” (1900). En este ensayo Rodó invita a combatir la nordomanía y a mantener la tradición étnica del continente americano sosteniendo que Estados Unidos es una nación carente de cultura. Al mismo tiempo, la literatura de Latinoamérica entra a la fase del Modernismo, en la que se rompe con la estética vigente producto del Romanticismo y se presenta la realidad de una manera diferente a la tradicional. Dentro de esta nueva tradición moderna se destaca Rufino Blanco Fombona, uno de los mayores representantes de este movimiento en Venezuela. El autor en su novela *El hombre de hierro* (1905) presenta la realidad de la sociedad venezolana localizada en medio del gobierno de Cipriano Castro, la modernización y el fenómeno de la inmigración y cómo estos factores participan en el proceso de formación de la identidad de la nación venezolana. Es por ello que vale la pena analizar cómo en *El hombre de hierro* se plasma la ideología de Rodó, el arielismo, al momento de presentar la realidad y formación de la identidad de la nueva sociedad venezolana.

Con el objeto de iniciar el presente análisis, es necesario traer a colación datos históricos que resultan cruciales para comprender la temática y esa búsqueda de identidad encontradas en *El hombre de hierro*. Primeramente, su autor, Blanco Fombona, puede representar en carne propia a ese personaje moderno que se angustia al encontrarse inmerso en esa búsqueda de su propia identidad dentro de un país que, con miras hacia el progreso, es inestable política, económica y socialmente. Blanco Fombona vivió la transición del siglo XIX al XX bajo el gobierno de Cipriano Castro al formar parte de su gabinete como secretario general del estado Zulia en 1900 y cónsul de Venezuela en Ámsterdam de 1901 a 1904 (*Venezuela Tuya*). Los problemas para Blanco Fombona comenzaron cuando “de regreso al país fue designado como gobernador del territorio federal Amazonas en 1905 [y] se opuso al monopolio del caucho que se llevaba a cabo en la región, lo que le costó ser acusado y detenido por un tiempo” (*Venezuela Tuya*). Estando en prisión escribió la obra a analizar, *El hombre de hierro*.<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> A pesar de que esta observación acaba allí, puesto que es durante ese periodo en el que Blanco Fombona escribe la obra, vale la pena destacar que sus inconvenientes con el gobierno venezolano no terminan en este momento. “Derrocado el régimen de Cipriano Castro, ocupó como diputado, la Secretaría de la Cámara de Diputados. No obstante, al poco tiempo comenzó

Resulta muy factible deducir que Blanco Fombona, de una manera u otra, proyecta en *El hombre de hierro* esa angustia de los ciudadanos venezolanos ante tanta inestabilidad política y económica y ante la inminente presencia de la modernización que a su vez repercute en la formación de la identidad nacional. A través de la obra el autor intenta definir esa identidad o mejor dicho presentar hacia dónde se dirige dicha definición. En relación con este punto Manuel Prendes comenta que a finales del siglo XIX “se producía el ya conocido fenómeno de una joven generación que propone valerse del naturalismo para llegar a hacer una novela plenamente ‘nacional’ y arraigada en la realidad social de su momento” (92). Es decir, que a través de la propia exposición de la realidad de la sociedad venezolana Blanco Fombona colabora en la construcción de la identidad nacional.

En este sentido las ideas de Rodó se observan en *El hombre de hierro* en primer lugar al ambientar la trama durante el gobierno de Castro y presentar las inquietudes de los personajes en cuanto a la situación política. Castro toma el poder en 1899, momento en que “Venezuela ha sido, al igual que otros países hispanoamericanos, receptora de capitales extranjeros invertidos en condiciones monopólicas” (*Fundación*, fasc. 15, pant. 5). La política de inversiones extranjeras (instalada por el presidente Guzmán Blanco) entra en crisis y, aunada a las guerras civiles, produce un caos por el que Venezuela queda casi en la bancarrota. Ante esta situación Castro implementa un régimen que “se caracteriza por un enfoque abiertamente nacionalista y conflictivo frente a las compañías asentadas en el país” (*Fundación*, fasc. 15, pant. 6). Es decir que, de cierto modo, la desgracia financiera del país se debió a la implementación de sistemas económicos extranjeros. Rodó estaría de acuerdo con esta afirmación ya que en su ensayo afirma que “no v[e] la gloria, ni el propósito de desnaturalizar el carácter de los pueblos – su genio *personal* – para imponerles la identificación con un modelo extraño al que ellos sacrificuen la originalidad irremplazable de su espíritu” (197). Venezuela, así como todas las nuevas naciones latinoamericanas, se encuentra entonces “deslatinizada por propia voluntad, sin la extorsión de la

---

a realizar severas críticas al gobierno de Juan Vicente Gómez [quien dio un golpe de estado a Castro], que produjeron su encarcelamiento en La Rotunda por un año (1909-1910) y luego enviado al destierro hasta 1936” (*Venezuela Tuya*).

Conquista” (196). La inquietud en Rodó surge al preguntarse por qué una nación busca voluntariamente la implementación de modelos extranjeros cuando en el propio país existe la materia prima intelectual para progresar.

Esta inquietud también la ilustra Blanco Fombona en su novela a través de las conversaciones que sostienen varios personajes como Rosendo, Perrín y Joaquín. Para Perrín (el extranjero), a diferencia de sus interlocutores, “Europa y los Estados Unidos [...] quieren la prosperidad de estos pueblos; los quieren ricos y felices, para que les compren a ellos lo que ellos producen” (50). Para el personaje foráneo, los países extranjeros constituyen un elemento positivo para el progreso de la nación a pesar de que ve su acción desde un punto de vista mercantilista. Mientras Joaquín y Rosendo (criollos venezolanos) refutan su idea, Perrín en su interior atraviesa por una confusión puesto que “no podría creer aquello [...] Los Estados Unidos, la Europa, nunca agresivos, estaban animados de los mejores deseos para con estos países” (50). Los criollos venezolanos rechazan completamente la presencia de las potencias extranjeras en el país mientras que el propio extranjero la ve como una esperanza para el progreso de la nación.

La figura de los Estados Unidos según Rodó se opone directamente con la que propone Perrín. Para el intelectual uruguayo Estados Unidos es “la encarnación del verbo utilitario” y por ello critica la admiración que hacia estos se va haciendo popular entre los gobernantes latinoamericanos y finalmente entre los ciudadanos (196). En este punto, es necesario recalcar que Rodó “no descono[ce] que una inteligente atención fijada en lo exterior para reflejar de todas partes la imagen de lo beneficioso y de lo útil es singularmente fecunda cuando se trata de pueblos que aún forman y modelan su entidad nacional” (196-97). Es decir, lo ilógico no es contemplar los modelos extranjeros sino aplicarlos sin miramientos y sin destacar sobre estos el valor autóctono de la nación.

A pesar de que Rodó en “Ariel” se enfoca en combatir la nordomanía, su idea puede aplicarse a todo aquel pensamiento foráneo que pueda tener una acción negativa en la formación de la identidad de una nación. Tal fue el caso de países europeos como Inglaterra, Alemania, Italia, Holanda y Francia, entre otros, que bloquearon las costas venezolanas en

el año 1902 exigiendo que se les pagase las deudas externas. Durante este período de tensión diplomática, Castro propaga un discurso político nacionalista en contra de las potencias extranjeras (*Fundación*, fasc. 15, pant.10). La oposición generalizada hacia esos países se ve también en la novela cuando Esteban Galindo comenta irónicamente que “la agresión italo-anglo-tudesca de 1902 fue una gran prueba de respeto al país” (Blanco Fombona 141).

En relación a dicha falta de respeto, resulta oportuno destacar que Perrín, el personaje deshonesto y mercantilista, es hijo de un inglés y una holandesa y ha hecho su fortuna por la práctica de contrabando en tierras venezolanas. Perrín entonces puede representar esa intromisión de las potencias extranjeras en Venezuela que emponzoñan con deshonestidad, deslealtad y vicios. Incluso, su físico, contrapuesto al de los demás personajes de *El hombre de hierro* resulta un tanto repugnante, pudiendo ser comparado con el de Calibán, el salvaje personaje que contrasta completamente con Ariel<sup>2</sup>: “rechoncho, gordiflón, cargado de espaldas, la nariz gruesa colorada, [...] Los rizos, largos, bailoteaban sobre el erguido lomo y parecían surgir de la giba, manchándola de grasa y de caspa” (Blanco Fombona 36). Así como el físico se parece al de Calibán, su carácter soez y deshonesto también se asemeja al del salvaje y se resalta en la novela cuando Blanco Fombona explica que “El juego de Perrín estaba claro. ¿Había paz en Venezuela? Se dedicaba al contrabando. ¿Había guerra? Mercaba fusiles y pertrechos a la revolución” (37). Perrín entonces constituye una representación de ese Calibán, de esos Estados Unidos, de esas potencias extranjeras que se habían entrometido en Latinoamérica con un fin netamente mercantilista y que según Rodó había que execrar para poder terminar de formar una identidad nacional.

En contraposición a Perrín (Calibán) se encuentra el protagonista de la obra de Blanco Fombona, Crispín. Junto a su intelecto y su finura se destaca su apariencia física que va de la mano de su personalidad, de su buen gusto. Crispín “lucía alto a causa de su extrema delgadez [...] las manos y el rostro de blancura de cera, la nariz de gancho, como su madre, los ojos grandes y redondos” (16). La apariencia de Crispín se opone directamente a la de Perrín, convirtiéndose en la

---

<sup>2</sup> La imagen de Hogart, William. “Escena de La tempestad de Shakespeare” (1728).

representación de Ariel, aunque si bien se nota enfermizo, es aquel ser etéreo, delicado y fino que en el ensayo de Rodó se trasluce en las tierras de Latinoamérica.

Crispín, Ariel, como sujeto moderno se halla aprisionado dentro del torbellino de la modernización frente a la figura de lo extranjero, de Calibán. En este sentido Prendes comenta que “la segunda mitad [...] del siglo XIX supuso para Hispanoamérica una época de cierta modernización económica y social, muy por debajo de la que lograron [...] los países de la Europa occidental y los Estados Unidos de América, que en aquel momento constituían para las jóvenes repúblicas un modelo, una meta ideal que alcanzar” (18). La modernización, trayendo consigo la industrialización, también constituye un elemento crucial en la formación de la identidad de las nuevas naciones latinoamericanas, incluyendo la venezolana. El ciudadano moderno, se encuentra atrapado en una sociedad en la que intenta desarrollarse dentro de la modernidad con miras hacia el progreso e identificarse como ser humano único dentro de un torbellino industrial. Se sumerge así en una angustia que no le permite salir de su estado de incertidumbre. La ambivalencia del ciudadano y la incertidumbre de la nación son significativas en *El hombre de hierro*. Blanco Fombona presenta por ejemplo al personaje doctor Luzardo como alguien “que no respetaba nada en su país, veneraba hombres y cosas del extranjero, sobre todo [...] de Europa, a los que la distancia, la vetustez o la Historia prestaban un prestigio sagrado” (112) y a su vez, representando esa lucha del ciudadano moderno, coloca en escena a Mario Linares, quien le responde al doctor diciendo “¡Bah! No me hable de las grandes potencias” (112).

Más específicamente, Blanco Fombona manifiesta las características del sujeto moderno en Crispín, el cual se encuentra “ajeno a cuanto no sea el trabajar mecánico, la vida monótona, la existencia a compás” (80). Crispín está atrapado en la surgente sociedad moderna de Venezuela, no sabe adónde dirigirse ni qué camino tomar; aunque sí está consciente de que su vida mecanizada no lo lleva a nada, no halla un camino mejor: “En la desolación de su vida se asía Crispín del trabajo, como el que resbala por un abismo se ase de una brizna de hierba, sin esperanza, o con esperanza vidriosa” (81). Crispín se convierte en el empleado estrella no tanto por su gran intelecto y buen gusto sino por su capacidad

de responder a todas las demandas de Perrín, de Calibán, del poder extranjero. Es precisamente “Perrín [el que] se descansaba más de lo justo en su *hombre de hierro*. Así lo bautizó, en un rasgo de buenhumor: *el hombre de hierro*. ¡Y para cuántas ocupaciones, ajenas a los deberes de almacén, lo llamaba! (Blanco Fombona 82).

El hombre de hierro es Crispín, aquel hombre que todo lo puede hacer pero que no se halla dentro de una sociedad moderna y cambiante a pesar de su educación, de su intelecto, de su gusto por el arte y de su finura. Crispín no atina cómo zafarse de la monotonía, ni siquiera en el momento en que Perrín no asoma ni un ápice de cordialidad frente a la inestable posición económica de su familia. Mientras que su madre Doña Felipa y su hermano Ramón no entendían el porqué de la permanencia de Crispín en la compañía de Perrín, este se debatía internamente y pensaba: “¡Pero qué difícil, cuán dolorosa tal deposición! ¡Equivaldría a trastocar su vida! [...] Su naturaleza misoneísta<sup>3</sup> se horrorizaba a la mera idea de un brusco cambio de existencia [...] ¿Qué partido tomar? ¿Resolverme? ¿Y si yerro?” (Blanco Fombona 144). Crispín es ante todo una figura que se preocupa por el bienestar de la familia y del país y por ello advierte las acciones precipitadas que puedan amenazar su existencia, como los cambios, las transformaciones.

Ariel, el hombre de hierro, el sujeto moderno, todo en un conjunto es Crispín y a pesar de todo se enferma, se debilita, no se mejora y finalmente muere. Se enferma a causa de la modernidad; Ariel cae ante la industrialización incontenible, ante Calibán. Sin embargo, como bien lo indica Rodó, “Ariel triunfante, significa idealidad y orden de la vida, noble inspiración en el pensamiento, desinterés moral, buen gusto en arte, heroísmo en la acción, delicadeza en las costumbres” (228). En otras palabras, muere la esencia de Crispín pero no la esencia de Ariel, esta sigue allí, vuelve a levantarse para seguir luchando contra Calibán: “Vencido una y mil veces por la indomable rebelión de Calibán, proscrito por la barbarie vencedora, asfixiado en el humo de las batallas [...] Ariel resurge inmortalmente” (Rodó 228-29). La esencia de Crispín se hace sentir cuando muere y se queda presente en la mente de todos los que acuden a su funeral, quienes en conjunto

<sup>3</sup> Misoneísta: hostil a las novedades (Diccionario de la Real Academia Española).

piensan, “Crispín Luz fue, en concepto de cuantos iban llegando, ‘un modelo’: buen hijo, buen esposo, buen padre, buen hermano, buen caballero, buen ciudadano, ‘un modelo’, en fin” (Blanco Fombona 165).

La modernización que aniquila a Crispín es precisamente uno de los factores que ayuda a que las potencias extranjeras sigan imponiéndose en Venezuela. Así lo confirma en la novela el personaje Rosendo cuando apunta que el hecho de que el país esté muy desacreditado en el exterior se debe en “parte porque en Europa y los Estados Unidos se hace una campaña constante de descrédito contra los pueblos hispano-americanos por medio del telégrafo y la Prensa, y con el plan de pintarnos a los ojos del mundo en estado completo de salvaje” (Blanco Fombona 49). Una vez más, la conexión entre *El hombre de hierro* y “Ariel” es evidente. Rodó expone cómo Estados Unidos es una amenaza para Latinoamérica y cómo es un símbolo del salvajismo (visto en la figura de Calibán). Por su parte, Blanco Fombona presenta en su obra cómo, usando la modernización, Estados Unidos intenta revertir el concepto de salvajismo adjudicándoselo a Hispanoamérica. En este sentido resulta oportuno traer al intelectual contemporáneo Roberto Fernández Retamar y su ensayo acerca de Calibán<sup>4</sup> a la discusión. Según Retamar “Nuestro símbolo [de Latinoamérica] no es pues Ariel, como pensó Rodó, sino Caliban” (42). Retamar, basa su resolución en la historia colonial de las Américas y toma en cuenta el significado propio de la palabra Calibán que es un anagrama de la palabra *caribe*, propia de Latinoamérica. Así, a pesar de que le da mérito a la obra de Rodó señalando que este había identificado dónde se encontraba el peligro de Latinoamérica, al mismo tiempo lo critica indicando que “La identificación Caliban-Estados Unidos que propuso Groussac y divulgó Rodó estuvo seguramente desarquetada” (36).

En su ensayo, Retamar no despoja a Rodó del legado que dejó para el siglo XX con su ensayo “Ariel,” indicando que aunque su mirada hacia el fenómeno no estaba bien enfocada “lo que en su caso es digno de señalar es lo que sí vio, y que sigue conservando cierta dosis de vigencia y aun de virulencia” (44). Es por ello que en el presente análisis, se utiliza el discurso de Rodó, tomando en cuenta a Calibán

---

<sup>4</sup> El texto “Caliban” apareció por primera vez en el número 68 de *Casa de las Américas*, edición de septiembre-octubre de 1971.



como Estados Unidos, lo extranjero o Perrín y a Ariel como lo americano, lo propio o Crispín. Aunque la posición de Retamar sugiere otro punto de vista que puede aceptarse reemplazando así al de Rodó, en la literatura modernista latinoamericana el pensamiento arielista del intelectual uruguayo se delinea nítidamente. Es decir, puede debatirse la validez del argumento de Retamar pero para principios del siglo XX, época en la que “Ariel” y *El hombre de hierro* fueron escritos, el argumento de Rodó es el que prevalece.

Dicho argumento se manifiesta a lo largo de toda la novela de Blanco Fombona en los personajes contrapuestos Crispín y Perrín y también en las ideas que estos y otros más expresan. Tal es el caso del ya mencionado Rosendo quien confirma de nuevo el pensamiento anti Estados Unidos al señalar que este país, junto con Europa, proclama una campaña de descrédito en la que se sitúa a Venezuela y a toda Latinoamérica como una tierra salvaje. Según el personaje en Europa y Estados Unidos las noticias que se publican del país sólo son acerca de desastres naturales como terremotos o inundaciones o de las guerras civiles que dañan la imagen de la nación (Blanco Fombona 49). Al exponer esto, Rosendo protesta y sostiene que “Nosotros por crédulos, por inocentes, por ignorantes, quién sabe por qué, no nos hemos dado cuenta de las armas terribles que son cables y telégrafos” (50). La modernización de las comunicaciones, producto también de la mano extranjera, constituye por ende una amenaza para Venezuela.

Es por esta razón que la propaganda de descrédito de la que habla Rosendo se convierte en una controversia entre los personajes, siendo el mismo Rosendo el que indica que “Mientras la propaganda de descrédito continúe, entre otras razones para que los europeos no emigren hacia acá, estamos perdidos; no tendremos inmigración. Y la inmigración es lo que nos salva” (Blanco Fombona 50). El tema del extranjero aparece de nuevo y se da un debate entre Rosendo, Perrín y Joaquín acerca de los aspectos negativos y positivos del fenómeno migratorio. Perrín en este sentido muy tranquilamente considera que la inmigración y por ende la prosperidad llegará algún día como llegó a Argentina, sólo es cuestión de esperar (Blanco Fombona 50). Ahora bien, esa inmigración se representa en la figura misma de Perrín, personaje deshonesto y egoísta, por lo que la presencia

extranjera constituye más una amenaza que una oportunidad para Venezuela. Así lo indica Rodó en su ensayo al resaltar que lo importante es lo autóctono, ya que “tenemos – los americanos latinos – una herencia de raza, una gran tradición étnica que mantener, un vínculo sagrado que nos une a inmortales páginas de la historia” (198). En otras palabras, Rodó trata de entender porqué los americanos tienden a buscar lo trascendente fuera de su tierra, aquella en donde se encuentra un ciudadano con potencial, capaz de progresar.

Desde esta perspectiva, Joaquín sería más del agrado de Rodó ya que a pesar de que acepta que la inmigración puede ser “salvadora” (Blanco Fombona 50), al mismo tiempo declara que es en la esencia del país en donde se encuentra la clave del progreso: “las selvas del Orinoco están repletas de sarrapia, de vainilla, de caucho, productos que se venden a precios fabulosos [...] las minas de oro de Yururay, de las minas Margarita, de los pozos de petróleo del Zulia” (51).

En efecto el autor, recalcando el valor de lo propio, presenta a aquel venezolano que trató de implementar modelos extranjeros, guiado por un sentimiento patriótico, para fomentar el progreso del país, el cual terminó repudiado por sus colegas y frustrado porque su intento no se dio. Por ello decidió irse por donde había venido: “El padre Izardi [...] acababa de partir para Europa, a la carrera, descorazonado, vencido, prófugo, triste, muertas ya sus ilusiones de regeneración patria” (Blanco Fombona 162). Entonces, repitiendo lo que antes se expuso acerca del pensamiento de Rodó, los latinoamericanos tienen “una gran tradición étnica que mantener” (198). Venezuela y las demás naciones hispanoamericanas tienen en sus manos la materia prima y la capacidad para avanzar.

Por esta razón y por todas las ideas antes expuestas, se puede recalcar el concepto del arielismo, presentado por Rodó, y cómo este se trasluce en la novela de Blanco Fombona logrando identificar cómo los venezolanos se encuentran en esa búsqueda de una identidad nacional al momento en que atraviesan e interactúan con el gobierno de Cipriano Castro, la modernización y el fenómeno de la inmigración. La idea del arielismo de Rodó no sólo forma parte de la intelectualidad del uruguayo, sino que es un concepto que se expande por las naciones hispanoamericanas de principios del siglo XX y que se manifiesta en la literatura, como en el caso de la novela *El*

*hombre de hierro*. Empleando un estilo impecable y exponiendo la realidad de la nueva sociedad en formación, Blanco Fombona revela cómo la identidad nacional venezolana se va constituyendo y cómo el porvenir del nuevo país debe dirigirse hacia el aprovechamiento de lo propio y autóctono.

### Obras citadas

- Blanco Fombona, Rufino. *El hombre de hierro*. 1905. Caracas: Monte Avila Editores, 1972.
- “Capítulo V: 1899/1908. Revolución Liberal Restauradora.” Fundación Empresas Polar. Fascículo 15. (s.a.): 15 pantallas. 3 nov. 2008
- Fernández Retamar, Roberto. *Todo Caliban*. San Juan: Ediciones Callejón, 2003.
- “Misoneísta,” *Diccionario de la Real Academia Española*. 15 nov. 2008
- Prendes, Manuel. *La novela naturalista hispanoamericana: evolución y direcciones de un proceso narrativo*. Madrid: Cátedra, 2003.
- Rodó, José Enrique. “Ariel.” 1900. Ed. Belén Castro. Madrid: Cátedra, 2000.
- “Rufino Blanco Fombona.” *Venezuela Tuya*. 1997-2008. 3 nov. 2008.



**Naida Saavedra.** Escritora, doctora en literatura latinoamericana y docente. Coeditora de @ExplorArtMag Venezolana en Tallahassee.

<http://naidasaavedra.wix.com/info>

<http://naidasaavedra.blogspot.com/>